

Escribir sin papel

Relatos fantásticos



FONTECHA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



FONTECHA

Todos los días eran un domingo por la tarde. Aquel blando universo suyo no conocía los héroes, no los necesitaba ni los habría sabido apreciar. Una misma sonrisa en todas las caras trazaba una línea horizontal invisible, colgados de la cual iban todos pasando la vida. Tan válida y tan hermosa como todas las demás, esta era su forma de felicidad y de libertad.

También Fontecha participaba de ella.

En la oficina del banco, sus compañeros se admiraban sinceramente de dos cosas: de su exquisita puntualidad y de su rapidez de cálculo. Esto último lo sentía él como una nadería, como tener el pelo castaño o la voz grave. Había nacido así; su facilidad para resolver operaciones de cálculo la había tenido desde la cuna. Así que no encontraba mérito ninguno en eso y cualquier admiración o sorpresa al verlo carecía de fundamento. Era algo distinto lo de la puntualidad: eso sí que exigía un entrenamiento, una voluntad, hasta una renuncia. Y sin embargo, muchos comentaban maliciosamente que Fontecha era puntual porque siempre se aburría en lo que estuviera haciendo antes de la cita. Así, decían, no era difícil ser puntual.

Lo del cálculo, ya lo hemos visto, era algo connatural. Y debía de ser eso, porque para todo lo otro Fontecha había resultado más bien negado. De pequeño, de no ser por su rapidez con los números, sus profesores habrían diagnosticado que el niño estaba algo mermado. Oyó la palabra tonto, con su catarata de sinónimos, con una frecuencia superior al resto de sus compañeros. Y él lo había aceptado como algo normal. Resbalaba por sus entendederas como si no se hubiese dicho. Ah, pero cuando llegaba el momento de resolver largas operaciones, entonces él se encumbraba y su

gloria iluminaba su sonrisa orgullosa.

Después, qué remedio, había sido carnicero. Carnicero como su padre y como su abuelo y carnicero como sus tíos y carnicero como toda su familia de Fontechas y como el olor que tenía impregnado en la piel desde Dios sabe cuándo. A él ese olor a carne y a sangre lo mareaba o le revolvió las tripas. Las matanzas, cuando en su niñez tuvo que presenciar alguna, eran una tortura para él tanto como para el cochino, así que con excusas inventadas se ocultaba en rincones profundos de la casa, lejos de los chillidos del animal, lejos del olor de su sangre hirviendo.

Aun así, él sabía que sería carnicero. Heredó de su padre el negocio, pues coincidió su graduación de estudios medios con la jubilación del padre, mucho mayor que los padres de sus compañeros. Se vio con su mandil verdinegro, al lado de su hermano, sujetando las piezas de carne para mostrarlas a las clientas. Y sonreía y decía que era carne de rechupete y mostraba con orgullo las tajadas de lomo. Pero todo lo hacía aguantando su asco, su repugnancia por ese olor que se le pegaba a la nariz, a las manos y a la ropa, y no le dejaba vivir.

Después de que muriera su hermano, él se quedó a vivir con su hermana pequeña. La pobre, una mujer de gran carácter, se había quedado moza después de haber estado destinada a una boda como Dios manda, que nunca llegó. Al final, se tuvo que dedicar por igual a cuidar a Fontecha y a ayudar en la parroquia de la Virgen de la Luz. Fontecha tardó entonces apenas un mes en traspasar el negocio. Lo había cavilado tantas veces que le salió todo con suma facilidad. Con el traspaso, que ciertamente llegó a una cantidad muy muy alta, se consiguió una plaza de contable en el Banco Hispanoamericano. El director elogió ante los jefes de zona su proverbial rapidez en el cálculo numérico y el dinerito que ingresaba en la oficina, casi tanto como lo que manejaban hasta entonces en aquella sucursal.

Un trabajo donde todos los días tuviera que vestir traje y corbata; un trabajo de señor, sin olores, sin mandiles, sin clientas. Orgullosa salía cada mañana de su casa y con un beso en la mejilla se despedía de su hermana.

Con el mismo orgullo, volvía a la hora de comer, con gesto de cansancio, aflojándose el nudo de la corbata, con el diario en la mano. Un besito de saludo y los dos se sentaban a la mesa y charlaban de todo un poco mientras comían.

Ahora que ya podía presumir de un oficio honroso, se permitió también otras señales de su ascenso social. Buscó quien lo presentara y lo introdujera en una tertulia del Flamboyant, la cafetería más rancia de la plaza. En la que fue a dar Fontecha, los contertulios eran poco variados. Seis o siete hombres la vez que más había: funcionarios, oficinistas, algún maestro, algún pasante; charla de maneras y aspecto vivaces y entretenidos, pero de poco calado y menos trascendencia. Y al poco de haber salido de la cafetería ya podía uno olvidar cuanto se había dicho.

Fontecha se sentaba en el grupo y se hacía servir un café solo con una copa de coñac. Primero removía una punta de azúcar en la taza del café, pero con gesto distraído, sin dejar el campanilleo de la cucharilla por mucho rato. Luego apoyaba la pala de la cucharilla sobre el plato y tomaba el café de un único trago. Entonces comenzaba también a hablar. Era un hombre sin trastienda, bonachón, buen conversador y hasta un pelín humorista. Con poca gracia, esta es la verdad. Pero los otros se alegraban al ver que cruzaba la puerta del Flamboyant y que se sentaba a la mesa.

De tal manera pintaban las cosas para Fontecha, que en aquella época en la que pasaron estos acontecimientos, que él vivía como si hubiera alcanzado el punto más alto de sus aspiraciones y era feliz, muy feliz.

A la oficina se iba siempre con su gabardina gris, correctamente abrochada y dejando ver entre las solapas una bufanda parda. Pero los domingos llevaba su abrigo de lana jaspeado, largo hasta la pantorrilla. Con el abrigo estaba más elegante, o al menos él y su hermana así lo creían. Su hermana se embozaba en un abrigo marrón con cuello de piel o de imitación de piel. Y los dos juntos salían de la casa, se marchaban a oír misa en La Luz, cada domingo a las seis y media, porque por la mañana no le gustaba a la hermana. Manías incomprensibles de las personas solas, pero fácilmente aceptables, y más para Fontecha, que la adoraba y le agradecía punto por

punto todas las cosas que ella le hacía. La bendición al fin y al cabo será la misma, pensaba él. Y no le faltaría razón.

Después, al acabar la misa, habiéndose despedido lo mismo él que su hermana de toda la gente conocida, iban a visitar a una tía o tía segunda. Era una viejecita encantadora, viuda o soltera (quién sabe si ambas cosas), que los quería con locura. Ya antes de que entraran por la puerta de su casa, había dispuesto la merienda: leche con café y bizcochitos de soletilla. Allí pasaban una hora de charla, en la que ponían a la tía al corriente de lo que pasaba por el mundo y por la propia ciudad, ella se hacía cruces y fingía gran escándalo por asuntos nimios, porque le encantaba ver la gracia que le hacía eso a Fontecha y lo que se reía el bueno de él. La tía entonces les explicaba a lo mucho que había mejorado de alguna dolencia, siempre nueva y siempre mejorada. Terminada la merienda se daban cuenta de qué tarde era ya y se levantaban los dos hermanos para irse, después de besar a la tía y agradecerle sus bizcochitos. El domingo iba cumpliendo todas sus promesas una detrás de otra.

“Anda, vete tú a casa, que yo me quedo aún dando un paseo”. La voz de Fontecha se reconocía en esa frase tanto como en una fotografía. Y al decirla, cerraba los labios a la espera de la contestación: “Pero no tardes mucho”. Era la señal para que diera comienzo el único momento esperado de toda la semana.

En cuanto se despedía de su hermana, él se iba como paseando, buscando primero las calles del centro, por donde a esa hora estaría la gente recorriendo infinitas veces su paseo, saludándose con un gesto de cabeza o de ojos a cada paso. Fontecha cruzaba esa masa humana sin hacerse ver, recubierto de invisibilidad. Luego se perdía de nuevo en calles vacías por las que sus pisadas sonaban a pesar de sus esfuerzos para no dejarse notar. Llegaba al parque del Centón, un jardín alargado, antiguo, que iba pegado a la ribera del río Centón. El parque estaba mal iluminado y por eso mismo era aprovechado por muchos chicos para pasar allí la tarde, en medio de la oscuridad protectora, pasaban las últimas horas de los domingos. Y las parejas

de novios tenían banco seguro para sentarse y entregarse con cierta intimidad a los besos.

Fontecha llegaba como el que no quiere la cosa, como por pura casualidad. Y de eso nada: andaba y andaba buscando parejas. Veía una. Se ocultaba y los observaba. Sólo un momentito y seguía su a modo de paseo. Otra pareja apostada en un árbol; él, de repente muy cansado, iba a sentarse en un banco por allí cerca. Al poco rato, se levantaba y seguía paseando. En total, nunca llegaba a los veinte minutos de mironeo. Salía del parque y bordeando el centro, alcanzaba su barrio y su casa. Su hermana lo esperaba para hacer la cena y marchar a la cama.

Mientras estaba en el parque del Centón, Fontecha no es que sintiera una excitación especial; más bien no pensaba en nada y menos en lo que estaba viendo. Simplemente lo veía. Pero a pesar de que él lo había añadido a su rutina sin matices, a su cansino día a día, a pesar de que no le reportaba ninguna diversión extraordinaria, a pesar de todo, él tenía que ir allí cada domingo al acabar la misa. Fontecha no pensó nunca que eso fuese algo malo o inmoral. Sabía que no estaba del todo bien, pero no sabía por qué. Él lo vivía con una mezcla de alegría y tristeza, pero dio darle muchas vueltas: ya he dicho que incluso mientras estaba parado mirando como sin mirar a alguna pareja, no pensaba mucho en esa pareja, sino más bien en sus asuntos.

Los conocidos ignoraban ese lado de Fontecha. Y si alguien dijo alguna vez algo, no se le hizo caso y se cambió de tema: de Fontecha era muy difícil creer algo así.

Debió de ser en agosto, muy a finales, o quizá ya metidos en septiembre, para el día de la Natividad de la Virgen. Era fiesta, eso seguro, así que Fontecha fue con su hermana a la misa y luego al Centón, a aprovechar los últimas templanzas del verano. Como los días eran todavía largos, tenía que estirar lo que podía el paseo hasta el parque. Elegía los caminos más largos y se demoraba en los escaparates. Comparaba mentalmente los precios de objetos variopintos y se imaginaba cuál de ellos compraría. Cuando se había

oscurecido el cielo, entonces iba a buscar esos ajenos, a renovar el deleite que le producía- ver que dos jóvenes se abrazaran o se hablaran al oído.

Ese día de septiembre que digo, paseó Fontecha con aire distraído, dejando pasar ocasiones y parejas. Algo llevaba en el magín que no le permitía concentrarse. Y cuando por fin se sentó con disimulo, fingiendo fatiga y calor (aquella tarde que se había quedado tan fresca), a ver a unos novios que se besaban, ¡paf!: la sorpresa. Ella era doña Carmen, la mujer del director de la oficina. Así que su cuerpo, antes de que su mente se lo ordenase, se levantó y pensó en huir de allí sin dar ocasión de ser descubierto. Porque, claro, si ella era doña Carmen, él sería don Gregorio. Confusamente se mezclaban en su cabeza ideas muy distintas. Una de ellas era la juventud de ambos, que todavía iban como adolescentes a darse el pico al parque del Centón. Otra era un atisbo de reprobación a esa actitud, tan provocadora y tan poco acorde con un director de banco. También las alabanzas a la belleza de ella cruzaron por su imaginación, justo antes de reparar en los suaves rizos rubios de él, en los que ella hundía sus dedos. Se detuvo en seco. Sólo había llegado a dar dos pasos. Don Gregorio no tenía el pelo rizado ni rubio. Dio otro paso. Si no era don Gregorio, no podía ser doña Carmen. Aligeró los pasitos y dio una vuelta. Entre las ramas de un plátano, subido al escabel de unas piedras, clavó su mirada en las dos cabezas, que seguían juntas. Era doña Carmen, vaya si era doña Carmen. Y él no era don Gregorio, parecía alguien más joven, o más bohemio, o más intelectual, o más poeta. Fontecha, con su habitual disimulo, giró en torno a la pareja y, desde una nueva atalaya, consiguió ver el rostro del joven, pero no lo conocía. Sería... ¿quién podía ser? ¡Dios santo, doña Carmen con otro! Reparó Fontecha entonces en que le temblaban las piernas y la boca se le había secado y le zumbaban las piernas y la boca se le había secado y le zumbaban los oídos. Se asustó y buscó donde sentarse. Allí mismo, en un banco entrecerró los ojos y respiró despacio. Quiso otra vez incorporarse para irse de allí, pero antes se iba a cerciorar de que lo que había visto era real. Sin terminar de levantarse, notó que alguien venía y alzó los ojos. Doña Carmen, sola, lo miró un segundo. Fontecha, en su ridículo ademán de

levantarse, cruzó su mirada con la de ella. Azorado, con el corazón saliéndosele ya por la boca, llegó a decir:

-Buenas noches...

Ella pasó de largo, claramente sorprendida pero sin pronunciar palabra.

Fontecha, guiado por su cuerpo, acabó de levantarse y salió del parque a paso ligero, como huyendo de un peligro que se presiente pero que o se puede distinguir.

Gregorio Lozano no era de allí, había llegado un par de años antes a ocupar la plaza de director de la sucursal. Venía, según fue fama entre el personal de la oficina, con un enchufe de alto voltaje. Esto era falso, pero entre los empleados no sentó bien al principio que mandaran a un jefe de fuera, en lugar de ascender al apoderado, que era de allí de nacimiento. Luego, don Gregorio había sabido ganarse la confianza o por lo menos, el respeto de sus empleados. Al mismo tiempo, quizá siguiendo instrucciones, se supo colar entre las autoridades y la gente de influencia de la ciudad, así que muy pronto consiguió una buena fama y una cierta honorabilidad a todo esto contribuyó de manera decisiva su mujer. No hacía ni seis meses que se habían casado cuando llegaron. Él era al menos diez años mayor, pero se dijo siempre que hacían una muy buena pareja y que sólo les faltaba la bendición de los hijos. Ella, Carmen, siguiendo los consejos de sus nuevas amistades, las mujeres de los prohombres locales y provinciales, convenció a Gregorio de no vivir en el piso del banco, por lo demás bastante viejo y algo cochambroso, y buscar un piso decente. Se instalaron en un pisazo de la calle Ribarroja, muy cerca de la plaza del Generalísimo. Por allí vivían todas las buenas familias que no fundaban su fortuna en el campo. Esos terratenientes, con los que jamás trataban los del círculo de un director de banco, preferían la cercanía a sus vegas y vivían en la Ribera, al otro lado del parque del Centón, en unas casonas independientes que llamaba la gente *La escalera*, porque cada una

había sido construida unos metros más alta que la de al lado.

La vida que llevaban don Gregorio y doña Carmen era igual que la de todos sus conocidos. Sólo dejaban ver una apariencia, una formalidad absoluta. Su verdadera vida, sus deseos o sus costumbres, eran algo reservado a lo íntimo y guardado herméticamente en las habitaciones que había más allá del salón de visitas de su casa. Aparte de eso, eran una pareja moderna, con mucha simpatía. Habían llegado a confundirse con el paisaje. Decían sus conocidos que eran una pareja muy moderna, claro está; se fijaban más bien en su manera de peinarse, sus vestidos y poco más, porque fuera de eso no había nada que los distinguiera de los demás, en lo de pareja moderna estaba implícito un cierto recelo, pero también una certeza de que era imposible que hicieran alguna cosa fuera de lo aprobable. Una manera indirecta de decir que aunque no fueran de allí, sí que eran de los nuestros.

Y, sin embargo, ya ves tú lo que son las cosas: doña Carmen, justo cuando comenzó a sentir el peso de aburrimiento en aquella vida modélica, se fue a enamorar como una adolescente de otro hombre. Carmen, doña Carmen, con sus treinta y tantos añitos, se descolgó del amor por Gregorio y fue a colgarse del amor por Antonio, un muchacho de veintisiete que acababa de terminar su servicio militar, prorrogado cuanto se pudo por estudios universitarios, y no tenía oficio. Ni beneficio. Carmen se miraba en su propia sombra y se pensaba en su papel de Bovary. Sentía una confusión atroz en su corazón: la alegría del enamoramiento, el pesar por Gregorio, a quien no consideró un enemigo jamás, y el temor a resbalar en el lodazal de la deshonra.

En estas estaban cuando al acabar un encuentro con su Antonio con un arriesgado colofón de besos en el Centón aún saboreando entre sus labios el gusto de su enamorado, fue a cruzarse con el sosazo que se sentaba en la oficina junto a la puerta de la dirección, el Fontecha este que se medio levantaba medio hacía una reverencia cuando ella iba a ver a Gregorio. Y en ese mismo gesto, idiota, ni sentado ni de pie, ni derecho ni inclinado, la vio, la reconoció y la saludó. Carmen se azoró y pasó por su lado sin hablar. De

buena gana le habría atizado una bofetada. Pasó de largo y en seguida comenzó a pensar si la habría visto con Antonio. Llegó a considerar la posibilidad de que Gregorio le hubiese puesto el encargo de seguirla, alertado por algo. De manera automática caminó hasta su portal, entró en el ascensor, cerró las dos puertas, subió, abrió su puerta y se encontró con Gregorio en pijama y bata corta, con un plato en cada mano, entrando al salón, donde la televisión le estaba contando un partido de la liga. Sonrisas, besos, ¿te has divertido?, ¿has visto a alguien? y todas esas cosas. Lo normal.

A Fontecha se lo iban a comer los nervios por dentro. Se le instaló en la barriga un mariposeo permanente que no lo dejaba en paz. Él volvía una y otra vez a recordarlo todo y a considerar si era importante o si era un tontería; si podía traer consecuencias o si todo quedaría en nada. Pero el revoloteo de sus mariposas era incesante y le recordaba sin cesar la primera impresión, el fulgor fosforescente en su retina, en sus oídos, mientras volvía a su casa casi ebrio, emocionado y asustado como un chiquillo, su corazón acelerado y la garganta seca seca. Al cabo de los días, todo seguía igual: sin saber cómo, sin ninguna causa reconocible, volvía a sentir de golpe en la oca del estómago como si se le estrechara y algo tirase de ella hacia arriba, hasta la garganta. Sus ojos entonces se desplazaban y miraban algo sin verlo, y durante un rato largo se embobaba viendo el beso o la boca de doña Carmen o su cuerpo alejándose fugaz, huyendo de él sin pronunciar palabra. Luego volvía a su consciencia y entonces fingía una tos o una carraspera para disimular. Aunque estuviera solo. Sentía muy vagamente una cierta tristeza por la pobre situación de don Gregorio. Al fin y al cabo, había sido él quien lo aceptó como empleado y quien salió como defensor de su propuesta ante las jerarquías del banco. No es que le tuviera mucho cariño, pero sí que le caía bien, lo cual era mucho tratándose de Fontecha, tan ajeno a los sentimientos. Igualmente lejana era la censura moral del hecho en lo que correspondía a doña Carmen. El hecho era, sin duda, inmoral, pero Fontecha no reparaba en ello. Lo que lo

tenía frito era la impresión, el impacto, la ruptura de lo cotidiano. No estaba escandalizado, estaba sencillamente boquiabierto. Ni de lejos había llegado a concebir un infidelidad en el mundo real. Para él era algo así como una convención cinematográfica, un tema artístico. Dos personas casadas en la vida real no se eran infieles, vivían juntos y nada más. El beso de doña Carmen había sido... ¡Madre mía! Ni siquiera podía detenerse a comprender lo que todo eso significaba. Le podía la sorpresa, y en ese estado catatónico era imposible poner nombres a las cosas.

El pobre Fontecha no lograba sacudirse todo eso y andaba inquieto. Igual pasa cuando está uno enamorado o cuando tiene por delante un prueba que debe pasar tras larga preparación: todo lo demás no encuentra lugar en la cabeza y, al contrario, le gustaría estar hablando cada minuto del asunto, sea con uno o sea con otro. Así estaba Fontecha. A él le habría gustado poder comentar en la tertulia del Flamboyant el beso de doña Carmen, pero, claro, ¿a quién?, y además, ¿a santo de qué se iba a hablar de chismes en una tertulia como aquella? Todo esto lo tenía mohíno y sus cofrades de charla lo notaron. A sus espaldas lo comentaron:

-¿Qué tendrá estos días el *Carnicerito*, que no despega los labios y no atiende a la conversación?- había dicho uno, dejando al final un guiño de maldad, como indicando la sospecha de que se les hubiera enamorado.

-Amores no serán, porque aquí lo sabría a estas alturas todo el mundo- se le contestó, -lo mismo tiene alguna enfermedad.

De ahí no pasó la cosa. Alguna tarde le dijeron con palmadas de amigote que qué le pasaba, hombre, que no estuviera tan murrio. Pero él negó la mayor y con una sonrisa forzada dejó que el otoño lo ponía un poco mustio.

Lo de Carnicerito tenía su miga. Bien se comprende el origen del mote (ya en la escuela lo rebautizaron así), pero también la mala idea que lo nutría: ese remoquete recordaba los orígenes de Fontecha, no fuese a pensar nadie que toda su vida había sido banquero. Se le llamaba así a sus espaldas. Él lo sabía, pero desde que había vendido la carnicería familiar, abominando de todo cuanto rodeaba a aquel negocio, nunca había tenido que verse con su

mote frente a frente, así que como si nada.

Pero si a los d la tertulia los podía tener satisfechos con aquella negación del problema, a su hermana resultaba imposible mantenerla ignorante. Sobre todo eran los embobamientos en la mesa lo que la ponían alerta.

-¡Que si quieres más!- la voz, sin ser un grito, era alta para traerlo otra vez a este mundo- Ay, chico, estás desnortado; no sé qué te traes, pero algo te traes. Ya me lo contarás si quieres, pero hijo, a ver si te estás en lo que estás, que van a decir que estás ido.

Al fin, un día, Fontecha, a punto de consumirse con su secreto dentro, se lo tuvo que contar a su hermana. La mujer no movió ni un músculo, se quedó de piedra. Y cuando ya su hermano había dado por concluido el relato con un desafiante "¡así que qué te parece!", aún permaneció estupefacta unos segundos.

-Pues me parece- contestó al fin – que a ti no te importa eso nada. A ver qué hacías tú en el Centón a esas horas. Mira no salgas escaldado además. Tú te olvidas de todo y sanseacabó. Porque otra cosa que problemas, ya me dirás tú si te puede dar eso a ti... Tú déjalos que lleven su vida y no te metas en ella. Y a ve qué estabas tú haciendo en el Centón a esas horas.

-Pues hija, ¿qué querías que hiciera?: pasear.

-Pasear...- Ella lo miró de hito en hito y lo dejó, pero pensó si no sería su hermano un mirón o qué sé yo.

De su hermana había sacado Fontecha nada más que una viva recomendación de olvidarlo todo. Pero dejar que saliera de su boca lo que llevaba dentro le produjo un gran alivio. Desde aquella conversación, él mismo se calmó y, como si hubiera encontrado la solución a un problema después de llevar semanas buscándola, de golpe dejó de ver sólo eso ante sí y pudo reanudar sus costumbres de una forma más o menos normal.

Pero cuando el diablo pone su máquina a trabajar en la vida de una persona, entonces es imposible escapar de su acción. Doña Carmen, que no iba casi nunca a la oficina del banco, tuvo la ocurrencia (o la necesidad, el

diablo actúa de maneras muy diversas) de presentarse una buena mañana allí. Había estado desde que se mudaron a la ciudad una vez nada más, o dos, quizá tres... Al intentar recordarlo, Fontecha no llegó a decidirse, pero no había estado más de cinco veces en total. Y eso muy al principio, cuando, recién llegados allí, aún ocupaban el piso del director y ella debió consultar algunos asuntos domésticos con su marido. Pero sea lo que sea, la entrada de doña Carmen en la oficina la creyó intuir Fontecha unos segundos antes de que se abriera la puerta y el ordenanza corriera a levantarse y ponerse a los pies de la señora. A Fontecha se le paralizó el cuerpo por fuera y por dentro, tanto que no movió los ojos de la puerta incluso cuando la mujer ya se había desplazado de esa línea de su mirada. Los nervios bloquearon su entendimiento otra vez. Menos mal que de manera automática él inició el gesto de levantarse para saludarla con media reverencia. Se quedó a medias, claro. A medias se vio a sí mismo, farfullando un saludo cortés. Y a medias, no sentado ni de pie, lo ignoró doña Carmen al pasar a su lado dejando detrás de sí un sonido nasal ininteligible. Fontecha volvió a su posición y el ordenanza a la suya en cuanto doña Carmen cerró la puerta de la dirección.

Cuando salió, después de algunos minutos y acompañada por su marido, Fontecha no se alteró tanto. Ya no era algo inesperado y se sabía que sucedería. Ni siquiera saludó ni hizo ademán de despedida. Sin embargo (el diablo, el diablo...) ella entonces sí que lo miró. Lo miró fijamente mientras su marido aún le daba las últimas recomendaciones. Él notó esa mirada sobre sus manos, sobre su cabeza, sobre todo su ser. Durante esos segundos, sintió el peso atroz de aquellos ojos que le estaban preguntando qué sabía, qué había visto, qué imaginaba, qué quería. Con el murmullo de las palabras de don Gregorio, que no escucharon ni Fontecha ni doña Carmen, ambos dejaron pasar unos segundos angustiosos. Al fin, oyó el empleado que se despedía el matrimonio. Pero no se atrevió a levantar la mirada.

Se quedó otra vez sin más ocupación mental que el beso de doña Carmen. Al verla, al oler su colonia o su jabón de olor o lo que fuera aquello, parecía que su menta se había dejado invadir sin resistencia, y ninguna otra

cosa había ya fuera de aquel asunto. De nuevo comenzó la triste ruleta de conceptos, derivaciones y reflexiones. Pero aquellos últimos segundos introducían algo nuevo que Fontecha no comprendió de una manera consciente. Doña Carmen había dejado ver un resquicio de miedo, quizá de debilidad. Sin duda aquello era una confesión de sus culpas, el reconocimiento de que eran verdad los peores pensamientos de Fontecha. Y entonces Fontecha comenzó, sin saber cómo, igual que habían pasada las demás cosas de su vida, a considerar la posibilidad (y el deseo) de castigarla, o de aprovecharse de la situación, o de decirle que también él lo sabía todo y que si ella se sentía culpable, ahí estaba él para procurarle la forma de expiar su culpa. Pensó mucho esa tarde y en los días siguientes. Se decidió por fin a exigirle el pago de una cantidad de dinero, que ella le daría sin cuestionar nada, igual que se rezan cinco padrenuestros y cinco avemarías cuando el confesor nos lo impone. Hasta esto llegó a pensar Fontecha, justificando así el execrable chantaje que estaba a punto de poner en marcha.

Otra vez el calvario de las dudas. Se determinaba un día a hablar con ella y esa misma tarde decidía que era una locura. A veces se estaba horas calculando la cantidad que podría pedirle. ¿Qué sabía él lo que sería mucho o poco? A lo mejor pedía un imposible o a lo mejor pedía una ridiculez. En fin, la cosa no era fácil. Pero había que acabar con aquello. Era ya una cuestión de salud, porque se veía camino de la locura. Un día se resolvió a enviarle una carta pidiéndole una entrevista.

La carta era zafia. Viajaba de la empalagosa retórica anticuada del servidor de Vd. y del cuya existencia tendrá su marido de Vd. a bien conocer, hasta el error gramatical y la hache de sobra. A leguas se notaba que se había redactado sin un plan previo; derivaba de un asunto a otro sin ton ni son y sólo al final, después de navegar por todas sus palabras desordenadas, llegaba uno a comprender de qué se trataba. Venía a decir que muy a su pesar, había sabido que doña Carmen tenía un amante y que había estimado una obligación el guardar el secreto y que por ello pedía un salario (eso decía: un salario). Al final, después de declarar tan abiertamente sus intenciones, la citaba para un

día y una hora. Elegir el lugar fue tan difícil que casi llega ese problema a hacer desistir de su propósito a Fontecha. El parque, demasiado abierto; una cafetería, demasiado cerrado; su casa, imposible; la de ella, disparatado. Quedó con ella en la iglesia de la Virgen de la Luz. Había un rato bien largo todas las tardes, el que pasaba entre el final de la misa de seis y el comienzo de la misa de ocho, en que el templo quedaba abierto sin celebración. Nunca había nadie y ningún confesor atendía entonces.

Llegó antes él. Ella tardó mucho. Se había quedado tomando un agua tónica en la cafetería Flamboyant, sentada en una mesa junto al ventanal, viendo el escorzo de la iglesia. Después de verlo pasar santiguándose, la bilis le amargó aun más el refresco. Dejó pasar el tiempo, a ver si se calmaba. Por fin pagó lo suyo, salió a la calle y entró a la iglesia con paso decidido. Dentro, rompiendo la monotonía de los bancos vacíos, vio el cogote de Fontecha. Él se había descubierto por respeto a las imágenes, pero sentía un frío intenso en toda su cabeza. Ella se acercó y se sentó en el mismo banco que él.

-¿Qué quiere usted decirme que no pueda decir a mi marido, Fontecha?

-Lo sabe. Lo sabe. Lo sabe de sobra. No me haga declararlo.

-No sé qué se piensa usted, Fontecha, pero me da la impresión de que se ha confundido. Me voy.

Hizo ademán de levantarse y hasta se santiguó. Él la detuvo.

-¡Espere!- Pero Fontecha, tan nervioso y tan miedoso siempre, comenzó a creer que ella estaba diciendo la verdad. ¿Y si todo hubiera sido una figuración? ¿Qué pruebas tenía él? Dios, ¡qué inmenso error estaría cometiendo! Pero, aún así, se oyó a sí mismo diciendo:

-¿Ha leído mi misiva?- Ella pensó en lo ridículo de aquella expresión, una antigualla igual que Fontecha mismo.

-Me voy: esto es ridículo.

-¿Cuánto esta usted dispuesta a pagar?

-¿Pero pagar por qué? ¿A santo de qué tendría que dar a usted ningún dinero?

-Ya lo sabe: el secreto...

-Está usted ido, Fontecha. Hablaré con mi marido de este incidente.

Y esto último lo dijo ya saliendo con dificultad del banco, apoyada en el respaldo de delante. Al salir al pasillo, se colocó los hombros del abrigo y apretó con su brazo contra sus costillas el bolso negro. Cuando echó a andar, él le dijo:

-Volveremos a hablar. Hay mucho que hablar.

Y ella siguió andando y se fue por su puesto sin despedirse. Él quedó contrito. No estaba obrando bien, pero el impulso había sido muy superior a su voluntad racional. Y ella podía estar diciendo la verdad y no tener nada. Si eso era así, él, Fontecha, podía darse por despedido y sin más salida que irse a otro lugar, a Madrid seguramente, por no tener que soportar la infamia y la humillación del dedo acusador. Estando como estaba en una iglesia, le acudió con facilidad el mandamiento: "No levantarás falso testimonio ni mentirás". Como veía que iba a caer en el tormento interior del remordimiento, se levantó con urgencia, salió y se metió en el Flamboyant, que era día de tertulia y los compañeros lo echaban de menos.

Pero los días pasaron y don Gregorio se comportaba con total normalidad. Fontecha lo interpretó de la única manera posible. La mujer reconocía de esa forma sus culpas, y el peso de la conciencia le impedía hablar con su marido, el cual, de haber conocido la osadía de Fontecha, aunque al mismo tiempo estaría conociendo la traición de su esposa, habría descargado su ira sobre el pobre empleado, dejando para su mujer infiel el escaso resto que pudiera quedarle de perdón. Fueron para Fontecha cinco o seis días de gran agitación. Del miedo cruzó a la seguridad; pero de la excitación llegó a la neurosis. Una culebrina cruel lo devoraba día y noche. A su lado, el invierno monótono de hombres que miraban el fútbol en los escaparates de las tiendas de electrodomésticos y de mujeres que salían de la misa cogidas del brazo, todo era un decorado sin interés ninguno, vacío, vacío, mudo, algo que bostezaba sin concitar la más mínima atención. Sólo el éxito en su propósito llegaba a ocupar su mente.

Al fin se decidió. Volvería a llamar a doña Carmen, esta vez fijando una cantidad que le pareció oportuna. La amenazaría con poner en conocimiento de su marido todo lo que sabía si ella no accedía a su demanda. Además, la cosa no podía demorarse, él no podía esperar ya más. Estaba tan seguro de su determinación, tan decidido se vio, que se atrevió a hablar con su hermana. Le contó sin envoltorios todo lo que había hecho y todo lo que pensaba hacer. Ella gritaba, susurraba, lloraba, se indignaba, se crecía, se hundía...

-¡Caín!- lo llamó -Eres un mal hermano. Te dije que te olvidaras de todo eso, que esos no son como nosotros. Y ahora vas tú y les robas. Porque lo que estás haciendo es robar, y eso, eso es un delito, un crimen. Y un pecado, un pecado de los gordos. ¡Habrás visto, el moscamuerta! ¡Mi hermano en la cárcel, mi hermano delante de un juez!

Él, sentado sobre una silla vienesa, medio torcido, apoyando un brazo en el respaldo, mantenía la mirada fija en el plato, lleno aún de los restos del postre. Sonreía vagamente, como si no la estuviese oyendo, como si se acordara de algo gracioso. Pero sí que la estaba oyendo. Ella seguía.

-En el infierno te vas a ver con ella, botarate. Déjala en paz, si es que aún estás a tiempo. Así no acabas con mi vida, porque lo que es yo, yo de ésta me muero.

Y así siguieron mucho rato, ella hablando sin parar y él sin parar de mirar su plato, embobado en su mirada hueca y su sonrisilla absurda.

Al día siguiente, sabiendo que su jefe estaba en la oficina, esperó el momento de ver pasar a la chica que trabajaba en la casa, camino de los recados. Entonces avisó que tenía que salir un momento, aduciendo una excusa banal. En el Flamboyant se pidió un café con leche y se dirigió al rincón del teléfono. Desde allí llamó a doña Carmen, la citó para el domingo y le aclaró que debía llevarle trescientas mil pesetas. Colgó sin escuchar la reacción. Se tomó su café hasta la mitad, porque maldita la gana que tenía de café, pagó y volvió a su mesa.

Los domingos, con sus mañanas soleadas y sus tardes anubarradas, con su pereza, su silencio, su lentitud, su misa y sus calles vacías, los domingos tenían una mezcla de hechizo y tristeza. Eran el emblema ostentoso de todo lo anodino, lo rancio. Y aquel domingo frío y ventoso era así. Abría la boca en la primera tarde, dejando ver su hambre, sus ganas de que pasara algo, de que la vida cobrase vida. Doña Carmen miraba desde la ventana a los pocos mozos que salían al cine. Los veía todo en gris, como si el frío hubiese tejido finas telarañas grises delante de sus ojos. Esperaba la hora de la cita con su sobre preparado, cubierto de papel de estraza, y con la excusa preparada también. A las seis, ya casi de noche, salió y fue andando hasta el barrio en el que habían quedado. Como jamás había estado allí, desconocía las calles, las casas. Vio el bar de la cita. Entró y se sentó en una mesa. Pidió, por pedir algo, una tónica.

Fontecha entró después, fingiendo aire resuelto. Se frotó las manos y hasta comentó el frío que hacía.

-Déjese de tonterías, Fontecha- cortó doña Carmen -. Aquí tiene usted el dinero. Cuéntelo si quiere. Yo me voy.

-¡No, no!- la detuvo. Se borró su sonrisa y renació su rostro servil, sus ojos de borrego-. Espere.

Ella se sentó de nuevo y preguntó sin mirar a Fontecha.

-¿Qué quiere usted más? Ya tiene mi dinero. No quiera usted arruinar más mi vida, no le iba a servir de nada. Y si es algo del banco, sepa que mi marido me tiene al margen de todo lo tocante a su trabajo; mis influencias son nulas.

Fontecha oyó esta breve exposición igual que si estuviera despertando de una ensoñación que había durado mucho. Ella le preguntaba que qué más quería. Él no había concebido que aquello tuviese una continuación: quería trescientas mil pesetas, nada más. ¿Qué otra cosa podía pretender?

Entonces siguieron unos segundos de silencio. Bajo el ruido de la televisión y su fútbol, y los parroquianos y sus gritos, Fontecha miraba a la mujer. Creció en su pecho un sentimiento de dominio. Esta mujer, tan superior

a él, había acabado obedeciendo su orden. Ahora estaba muy por debajo de él. Sin que su mente lo fuese organizando, su boca comenzó a hablar.

-¿Qué más quiero? Querida doña Carmen, ¿qué más puede querer un hombre?- y acarició el hombro de la mujer.

Ella levantó su mirada sacudiéndose la mano de Fontecha. Toda su rabia salió por sus ojos y desbordó las lágrimas.

-Es usted un miserable, Fontecha, y piensa que todos somos igual que usted. He sido una tonta viniendo aquí a darle el dinero, ahora lo veo. No es usted más que un mequetrefe lleno de envidias. ¿De verdad ha pensado que yo iba a entregarle mi cuerpo? Olvide eso. ¡Yo con Fontecha, con el Carnicerito! ¡Qué tonto, Fontecha, qué tonto es!

Se levantó y lo dejó. Él se hundió en sus culpas. Todo el odio del mundo en su boca, en su nariz, en sus ojos. Oyó la palabra *Carnicerito* y recibió un golpe mortal en su débil dignidad. El no de doña Carmen no importaba: lo malo era su menosprecio. Ahora ella volvía a estar muy por encima de él. Y lo había llamado *Carnicerito*.

Cogió el paquete, pagó con urgencia y salió a la calle. En las callejas mal iluminadas no había un alma. A paso rápido siguió el camino que ella habría tomado. La alcanzó con la vista y corrió hasta cogerla. Llorando, Fontecha envolvió el fino cuello de doña Carmen con su brazo y la apretó contra su pecho. A borbotones decía "Carnicerito no, Carnicerito no". Ella cayó sin fuerzas al suelo.

Fontecha pasó por encima de ella sin pisarla. Lloraba. Sin saber si la había matado, se fue alejando. Distinguió a lo lejos una pareja de guardias y comenzó a andar hacia ellos.